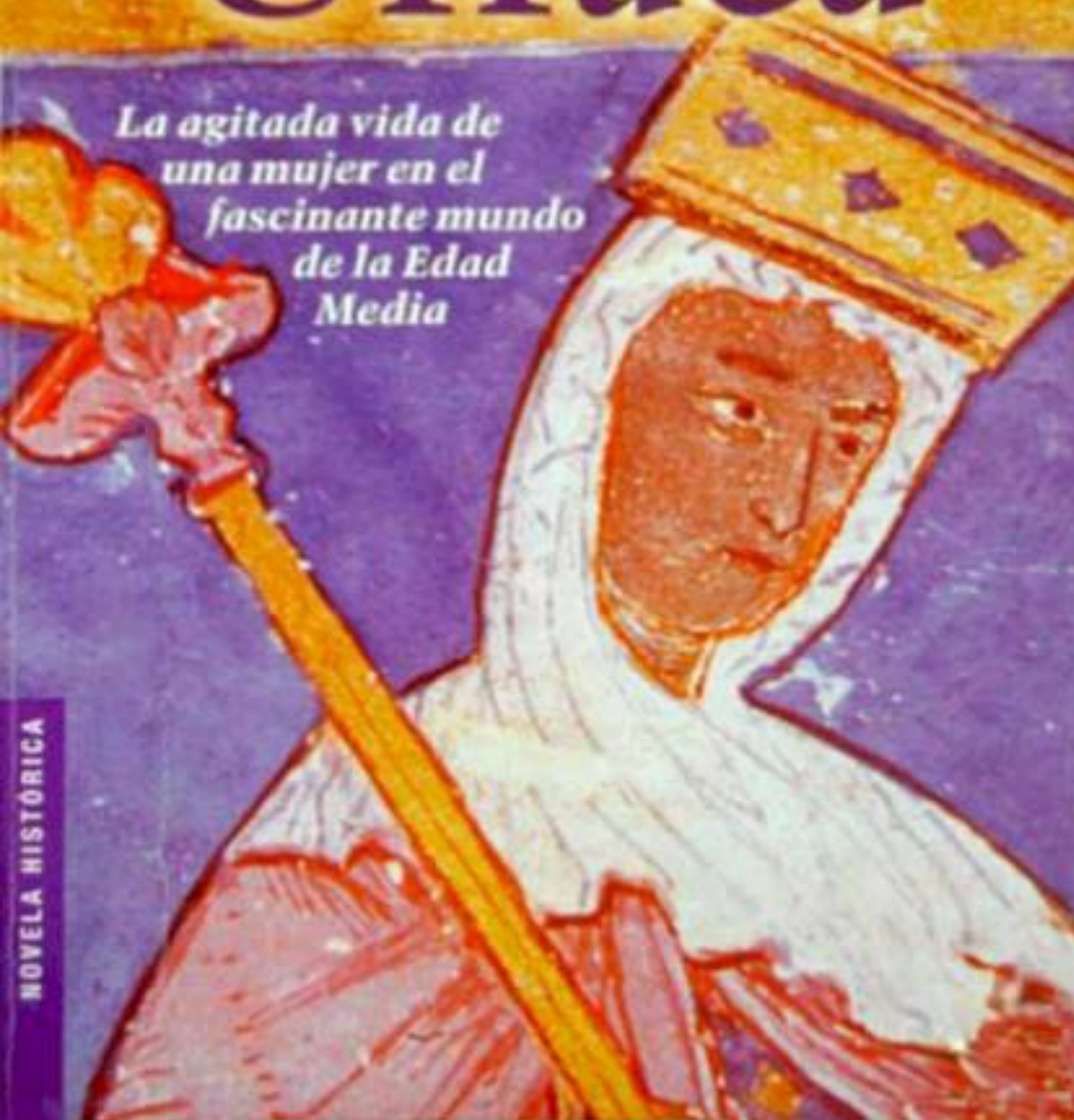


ÁNGELES DE IRISARRI

La Reina Urraca

*La agitada vida de
una mujer en el
fascinante mundo
de la Edad
Media*



El retrato de Urraca, heredera de Alfonso VI, se va construyendo página a página en este espléndido libro, en el que se busca reivindicar la memoria y la honra de la soberana de Galicia, Asturias, León, Castilla y Toledo: los avatares de una agitada existencia; las conversaciones con las damas de su séquito; su boda y las malas lenguas acerca de las razones de sus desavenencias conyugales; su testamento y su muerte en el año 1126... Una trepidante y emotiva narración que, de la mano de una mujer singular, abre a los lectores el fascinante mundo de la Edad Media.

Capítulo 1

Mi abuelo.

Dice mi madre, la reina Urraca, que salimos de Lugo con lo puesto, porque mi abuelo, el rey Alfonso, se moría, y que llegamos a Toledo en ocho días, muy acaloradas, sin apenas comer, cogiendo higos y alberges de los árboles linderos al camino, durmiendo al raso, solas las damas, sin compañía. Ella incluso con cargazón de cabeza, y yo, Sancha Raimúndez, roja, roja de tez, y desfalleciente, tanto que mi señora madre me sumergió entera en la fuente de la Vega para quitarme la calor. Que yo hice el viaje en brazos de mujer, en los suyos y en los de mi nodriza, a la corta edad de quince meses, pues no llevábamos literas, ni carros, sólo caballos, y apretaba el sol en la meseta castellana pues que andaba entrante el mes de agosto.

Nuestra gente que venía detrás con los baúles no logró darnos alcance y, de consecuencia, no nos pudimos cambiar de ropa, tanto es así que no había pañales limpios para mí, y dice mi madre que, para no derramar el orín y las heces, me tuvo que fajar con su jubón, y pedirles los suyos a sus camareras, que los aprestaron de grado. Y tanto picamos espuelas que arribamos al río Tajo en ocho días, puede decirse que en algara, mismamente como si fuéramos a saquear una ciudad mora... Pero es que el rey se moría, tal

dijo el mensajero, y emprendimos carrera porque mi señor abuelo, don Alfonso, el sexto, antes de marcharse de este mundo, quiso hablar con mi madre y hacerla reina.

Y yo, claro, en los brazos de las damas, podía respirar peor que ellas, porque, como me sujetaban con fuerza entre sus brazos, iba más tapada que las demás y tenía menos holgura de aireación, como le sucede a cualquier criatura de pocos meses. Y al pie de las murallas de la ciudad, pese a haberme bañado en la fuente de la Vega, mi madre ya pedía un pañuelo húmedo para mojarme la cara, y no había, por eso quiso echarme saliva, pero desechó la ocurrencia porque la saliva está caliente por su natura. Y en la puerta de Bisagra doña Urraca frenó su caballo y pidió a las buenas gentes, que la aclamaban, que le dieran agua a las manos para su hija, para ella y para sus damas, agua abundante, y bebimos todas.

Y allí, a la sombra del portón, se enteró la señora de que no se moría el señor rey, su buen padre, que estaba enfermo de cuidado pero no a las puertas de la muerte, y de que dos mujeres lo cuidaban: la reina Beatriz, su quinta esposa legítima, y su amiga: la mora Zaida. Ésta de día y noche, con tanto desvelo que se le habían retirado las carnes que echara al parir al infante Sancho, su único hijo, al que amó con locura maternal y que había muerto un año antes en la batalla de Uclés, aquella que ganaron los sarracenos a mi abuelo; niño que, pese a ser hijo de la mora, fuera heredero de los reinos de don Alfonso.

Y otrosí se enteró de que el rey iba a nombrarla reina y hacerla jurar por todos sus vasallos. Pero mi madre nada dijo sobre el particular, salvo que habíamos hecho un viaje muy apresurado, porque nos habían informado mal. Y pidió literas y me tendió en una. Y dice que yo empecé a llorar porque quería estar en sus brazos...

En el palacio de la Galiana, como doña Beatriz estaba indispuesta, nos salió a recibir la mora... Dice mi madre que era buena mujer, un tantico alunada quizá, pero buena

mujer, y que le dejó ropas para que se presentara ante el rey, pues ella llevaba lo puesto, una túnica muy sudada y sucia después de tanto camino. Y en el baño, en un baño como sólo tiene una reina mora, doña Zaida platicó con Urraca, asegurándole que se había opuesto a mandar al pequeño Sancho a la guerra, pero que le valió nada, pues don Alfonso, como no podía ir por viejo, se había empeñado en enviar a la criatura para que pudiera observar al enemigo de cerca y empezara a aprender las estrategias de las batallas, y que el niño murió en el rebullo del combate, pese a que los condes lo taparon con sus cuerpos. Lloraba la señora Zaida cuando mentaba a su hijo unigénito y le pedía a Urraca que, cuando heredara los reinos de León, Castilla, Asturias, Galicia y Toledo, le permitiera vivir en la ciudad del Tajo, pues que estando don Alí, el emir, de señor de toda al-Andalus, ella no podía tornar a su tierra, a Sevilla, pues que el almoravide era un bárbaro norteafricano que nunca entendería cómo una hija del rey Almutamid se pudo enamorar de don Alfonso, conociéndolo sólo de oídas, y venirse a Castilla para ser su concubina, que no su mujer natural, entregándole, además, toda su tierra. Y Urraca le demandaba por la salud de mi abuelo, y la mora respondía entre lágrimas que el rey se consumía, muy adolorado y enfermo de fiebres.

Dice mi aya, la señora Galana, que por entonces era ya camarera de mi madre, que Urraca se personó ante su padre vestida a la musulmana con blusa y saya bordadas, quitándose, por vez primera, los paños de viuda que llevaba desde el fallecimiento de mi padre, don Ramón de Borgoña, y que entró en la habitación de mi abuelo tan hermosa que más parecía un ángel del Señor, y que don Alfonso abrió los ojos y quedóse perplejo ante la visión, pues, en un principio, tomó a la dama por el Ángel de la Muerte y se estremeció, pero es que, a momentos, se le ofuscaba la mente, como dice doña Galana que les informó sovoz don Minaya Álvar Fáñez, el tenente de Toledo. Y era eso: confu-

sión, porque mi madre iba vestida de oro, y el Ángel de la Muerte va de blanco, como todos los ángeles, o acaso de negro por el luto que reparte, pero de oro no, pues que cuando él se presenta ante cualquier mortal todo el oro del mundo es vano ya.

Se recuperó mi abuelo del sobresalto y reconoció a su hija legítima, la única legítima que tenía, de doña Constanza de Borgoña (que mi abuelo tuvo cinco mujeres legítimas y dos amigas al menos, pues hay quien dice tres), y le dio su mano a besar, diciéndole con voz entrecortada que le iba a dar todos sus reinos enteros, sin dejar ninguno a su otra hija, mi tía Teresa, que es bastarda, y ya tenía el condado de Portugal. Y Urraca dijo, dice Galana que dijo:

—Cúmplase tu voluntad, señor padre.

Y que no hizo ningún gesto de alegría, como hubiera sido tal vez de esperar en una persona que recibía más de la mitad de las Españas y el homenaje de boca y manos de todos los nobles presentes, incluida la señora Zaida, que le dio tres besos en la cara a la usanza de los moros.

Mi abuelo informó a todos que iba a convocar la curia en Toledo para que los hombres juraran a la infanta. Y todos, todos, alabaron su proceder y su elección, y dieron parabienes a mi madre, y hasta la reina Beatriz, ya recompuesta de su dolencia, mostró su contento y le advirtió a mi madre que se volvería a la Francia a la muerte de mi abuelo, devolviéndole las arras que tenía pues, extranjera como era, no quería nada de esta parte del mundo, al parecer.

Y dice doña Galana que el rey le pidió noticias a la futura reina de mi hermano Alfonso y mías, y que, cuando fue enterado de que yo estaba en el palacio, me quiso conocer, y que mi madre me llevó ante él, y me hizo unos arrumacos en la cara, como haría cualquier abuelo.

Y dicen todos que don Alfonso, el sexto, no se murió tan pronto como era de esperar, que finó un año después de que entramos en Toledo, y que, cuando terminaba de dar consejos de gobierno a mi madre, me mandaba llamar

y me asonaba el sonajero o me dejaba jugar con las piezas de su tablero de ajedrez.

Pero claro, un reino es un reino. Un imperio como el que tuvo mi abuelo era un reino de cinco reinos, y la futura reina era una mujer. Animosa sí, de carácter entero, con geniazo a veces, pero mujer después de todo. Y dice mi madre que, tras platicar largo y tendido con su padre, éste decidió que ella sola no podía llevar el mando, quizá porque no la vio resuelta, quizá porque no se aplicó en la solución de los problemas de gobierno que él le presentaba a diario, quizá porque Urraca es dubitativa por su natural, el caso es que le dijo que debía maridar otra vez y se puso a buscarle un esposo.

Queriendo hacer favor, el reino todo buscó un marido. Por la Francia, Galicia, León, Asturias y Castilla. Y todo el mundo presentaba candidatos al señor rey sin preguntarle siquiera a mi madre. Y don Alfonso rechazaba a uno y a otro y hasta se enojó cuando los nobles tomaron la iniciativa y, para que el trono no cayera en manos de un extranjero, le hablaron del conde Gómez González Salvatórez, un gran caballero. Pero es que no necesitó consejos de nadie. Él solo encontró al hombre que deseaba como yerno: a don Alfonso, el rey de Aragón, desoyendo a los obispos que, como si fuera negocio suyo, estaban por el otro, y, cortos de miras, no alcanzaban a apreciar que, con el futuro matrimonio, se unirían las dos coronas, y todas las Españas, juntas, podrían arrojar a los almorávides, a esos demonios que habían venido a conquistar al-Andalus y que amenazaban con hacer otro tanto con las Españas, amén de trastocar las relaciones habientes entre moros y cristianos, y hasta habían derrotado a las tropas de mi abuelo en Uclés, causándole enorme pena, por la derrota y por la muerte de su hijo y heredero.

Mi madre dice que dijo: «Hágase tu voluntad, señor padre», porque un padre es un padre, y más alto no hay, salvo Dios, a más, que nunca Urraca osó llevarle la contraria a su

progenitor. Y escuchaba las noticias que le daban sus damas de Alfonso de Aragón, su primo tercero, pues los dos eran biznietos de don Sancho el Mayor, el emperador que había reinado de Zamora a Barcelona, es decir, en mucha más tierra que mi abuelo, y se contentaba y sonreía y revisaba sus baúles en busca de la ropa que luciría el día de los esponsales. Y, contenta, sopesaba con sus camareras si casarse en Burgos y hacer las tornabodas en Salas, o si celebrar la ceremonia en León o tal vez en la villa de Carrión.

Ellas le decían que mejor en Burgos, pues que su padre había desposado en la ciudad regia en su último enlace, y así se repartiría la fiesta por otras ciudades. Urraca recibía los presentes que le enviaba su futuro marido y cruzaba con él otros regalos y mensajeros que se anticipaban a los acontecimientos y la llamaban reina, como si fuera ya reina de los aragoneses. Y me dice doña Galana que todas pensaban en él, en el rey de Aragón, un buen hombre temeroso de Dios, un hombre que llevaba el hecho de la Cruzada en la mente y en el corazón por doquiera que fuese y que había quitado mucha tierra a los moros, engrandeciendo su reino hasta donde no llegaron siquiera a soñar sus antepasados y que, además, pensaba conquistar los reinos de Sarrakusta y Lérida, Dios le dé salud y ánimo para arrojar al moro de las Españas, para cumplir sus anhelos y entrar triunfante en Jerusalén.

Capítulo 2

La jura de la infanta.

Fue jurada Urraca en el Alcázar, por todos, por todos. Por nobles, por obispos y por las gentes de las ciudades, sin que se alzara una sola voz contra ella. Es más, algunos se congratularon de jurar sólo a mi madre, la heredera, en vez de a mi padre también como hubieran tenido que hacer en caso de que don Ramón estuviere vivo. Pues que, hasta doña Galana me lo ha confirmado, pretendió relegar a Urraca en la herencia paterna y repartirse los reinos de mi abuelo con su primo Enrique de Portugal, dándole Toledo y un tercio del tesoro de la catedral de esta ciudad, quedándose él el resto y postergando a su propia esposa en el hecho de la sucesión al trono y otro tanto al pequeño Sancho, el hijo de la mora.

Juraron a Urraca los que serían sus amigos y los que serían sus enemigos, por Dios y Santa María Virgen, y le dieron homenaje de boca y manos, y los principales firmaron con ella la carta por la que mi abuelo entregaba el condado de Galicia a mi señor hermano, Alfonso Raimúndez, para él y sus descendientes, para siempre jamás, exento, salvo en el vasallaje que le debería prestar a la futura reina... (En la traición de mi padre no quiero escarbar, aunque entiendo que no hay que tener ceguera por los padres y tapparles sus fallas por el hecho de que sean tus progenitores).

A poco, murió el rey Alfonso, el sexto, el conquistador de Toledo, a la hora de mediodía, a un día saliente el mes de junio de 1109, era de 1147, festividad de San Marcial, en la paz de Dios, asistido por don Bernardo, arzobispo de Toledo, y rodeado de muchos señores llenos de honor y de recomendación. Las gentes, principales y menudas, lloraron, y las campanas de todas las iglesias de la ciudad tañeron a muerto, y hasta se dijo que más de un almuédano entonó una oración de las suyas por su ánima, porque, no en vano, el fallecido había sido emperador de cristianos y musulmanes.

Doña Galana, mi aya, sostiene que el primer llanto que se escuchó en el palacio fue el mío, que avisé del suceso acaecido y de otros muchos que vendrían. Pero yo no sé qué decir pues era niña de teta. A más, que, para mayor prodigio, se secaron unas fuentes que habían manado debajo del ara del altar mayor de la iglesia de San Isidoro de León, tan sorprendentemente como habían brotado ocho días antes.

Al muy venerado y amado mío, don Diego Gelmírez, arzobispo de Santiago, la infanta Sancha, salud y dilección en cuanto le es dable:

Vigila, santísimo padre, el registro que mandaste escribir, pues ha llegado a mis oídos que en él se está maltratando a la reina Urraca, mi señora madre, y me dolería harto que quedara mala memoria de ella. Te recuerdo que continúa habiendo en el reino mucha falacia e inquina.

Vale. Infanta Sancha Raimúndez. (signum).

Capítulo 3

Urraca reina.

A mi abuelo se lo llevaron unas fiebres perniciosas antes de lo que hubiera querido, por eso no pudo tratar con el rey de Aragón las condiciones del matrimonio de su hija. Por eso todo lo pactó Urraca, después de enterrar a su padre en Sahagún, al lado de doña Constanza y de sus otras esposas.

La comitiva de duelo partió de la ciudad del Tajo a los siete días, con un emperador muerto y una reina viva, única hija legítima del fallecido y, de consecuente, única heredera, con mucha gente de armas con las lanzas a la funerala, punta hacia abajo; el arzobispo de Toledo y muchos obispos, y muchos baúles y bultos.

Urraca, con sus veintisiete años y su equipaje de mujer, iba apesurada por la muerte de su padre pero dispuesta a comenzar su andadura, que, a poco, se tornaría en malandanza. No por el peligro moro, ni por razones de justicia, ni de pestes, ni de hambres, ni de rebeldías, ni de traiciones, pese a que hubo de todo a lo grande, fue por lo que nunca se podría quitar: su naturaleza de mujer. Porque nunca había habido reina en León y Castilla y ella era la primera. Y unos la quisieron o la imaginaron reinando en solitario,

otros con su marido y otros ejerciendo la regencia por su hijo. Y no hubo modo.

En la Galiana, fallecido el rey, los capellanes quemaron incienso en el palacio todo, asperjaron el cadáver con agua bendecida y cantaron el salmo *De profundis*.

El cadáver lo lavó y lo amortajó doña Zaida a la vista de mi madre, derramando innumerables lágrimas, pues que lo había amado con amor carente de razones, con lo que se llama «loco amor». Lo vistió con unas bragas calzadas sin estrenar, una camisa de ranzal blanca como el sol, y le fue a poner una aljuba de tela de oro que le había cosido y bordado con sus propias manos para que tuviera un recuerdo suyo en la eternidad, tal pensó. Pero no pudo hacerlo porque Urraca le pidió el gonel y el sobregonel que le había traído de regalo de bodas doña Constanza de Borgoña — también para que tuviera algo de ella por toda la eternidad —, tal le dijo. La señora Zaida rebuscó en las arcas del emperador y, a poco, se presentó con las dos túnicas; alabó el buen gusto de la dama borgoñona, lo exquisito de los bordados en relieve y la maravilla de los galones y remates de ambas vestes que refulgían al sol, y ya lo vistió y le puso unas calzas de estribera, nuevas también, y un manto bizantino de gran valor con un capuz a juego.

Levantó el cadáver el párroco de Santa Cruz que lo acompañó a la puerta de Alcántara. Allí, mientras la población despedía al rey que fuera conquistador de la ciudad, se puso al frente de la comitiva don Bernardo, el arzobispo de Toledo y primado de las Españas, precedido de un preste que llevaba la cruz procesional de la catedral.

Iniciamos la marcha hacia el monasterio de San Facundo. Los restos de don Alfonso en un féretro emplomado, nosotras en carros, salvo la reina Beatriz que no pudo venir, pues que era de frágil salud y andaba enferma de recio resfriado.

Mi madre con todas sus reliquias prendidas en el jubón: la cajita de cristal conteniendo una gota de sangre de la

que derramó Nuestro Señor en la cima del monte Calvario, la uña de Santa María Salomé, el cabello de San Juan Bautista, y la que más quería de todas: el retal de la casulla de San Ildefonso, pues que se la regaló mi abuela, y, en manos de doña Estefanía, su camarera mayor, una arqueta llena de dineros para pagar los responsos de los prestes que habían de salirnos al paso.

Nos acompañaban los señores en caballos de realce, muy erguidos y soberanos: Pedro Ansúrez, conde de Valladolid y de Carrión; Froila Díaz, conde de León; Ruy Muñoz, conde de Asturias; Gómez González Salvatórez, conde de Castilla; Pedro González de Lara, conde de Medina y Munio Bermúdez, mayordomo de la reina, entre otros; además de los abades Cristóforo, de San Pedro de Arlanza, Diego, de San Claudio, y los de León: Pelayo Michaeliz, abad de San Pelayo, los canonjes de San Isidoro y de Santa María de Regla, y el obispo Pedro. Y, a poco de avistar la villa, se nos juntó otro Diego, el abad de San Facundo, el monasterio funerante.

Anduvimos todo el camino haciendo estaciones para que los párrocos propios de las iglesias cantaran responsos y porque las gentes, cristianos, moros y judíos, se acercaban a traer ramos de flores, a llorar a don Alfonso y a vitorrear a Urraca. Además, se postraban en la vereda cortando el paso, se echaban tierra en los cabellos y querían tocar el ataúd del emperador y besar la mano de la reina, lo que llegó a molestarle, pues que le dejaban bastante baba. Pero la señora Zaida, que venía en nuestro carro, le decía una y mil veces que tuviera paciencia, que ser reina tenía inconvenientes, pero que el pueblo la quería. Y, en efecto, el pueblo la quería pues le llevaba refresco de escorzonera en un vaso, cerezas en un cuenquillo, pan recién hecho en un paño y mil otros lamines. O le regalaba un pañuelo para que se secara las lágrimas, y Urraca, pese a lo de la baba, se holgaba.

A la puerta de la iglesia de San Facundo, los obispos discutieron con los condes sobre quién cargaba el ataúd, pues los clérigos, que nunca llevaban a hombros a seglares a las iglesias, como se trataba de un rey quisieron hacer una excepción y mencionaron a algunas santas mártires que habían sido transportadas por religiosos a sus sepulcros. Mas los nobles se negaron ante semejante pretensión, sosteniendo acaloradamente que al rey lo transportarían ellos, sus capitanes. Luego, el arzobispo don Bernardo de Toledo, que había sido abad del monasterio antes de acceder a la sede primada, discutió con el abad don Diego sobre quién habría de officiar el funeral, pero llamados al orden por don Pedro Ansúrez, el ayo de mi madre que, al parecer, la había tomado otra vez bajo su protección y para facilitarle la tarea mandaba más que ella —como si una mujer de veintisiete años todavía precisara de un tutor—, pues que era hombre bullidor, acordaron celebrarlo todos juntos: un arzobispo, seis obispos y siete abades, tantos que llegaron a tropezarse en el presbiterio.

Los señores del reino entraron el cadáver a la iglesia, lo colocaron con los pies hacia el altar, como es preceptivo, bajo el retablo mayor, a la sazón cubierto con planchas de plata que representan la vida del Señor Jesucristo —asombrando a todos la finísima labor del platero—, sobre un catafalco guarnido con rica tela de oro y con las armas de mi abuelo bordadas. Después de cantos y responsorios, los condes volvieron a cargar la caja y se llegaron con ella al sepulcro situado en el centro del crucero, subiendo hacia la capilla mayor.

El abad de San Facundo bendijo la sepultura, pese a estar la iglesia consagrada, y ungió los labios del muerto con óleo bendito y, ayudado por los obispos, lo sacó del féretro y lo introdujo en la fosa. Antes de cerrarla, mientras los clérigos entonaban el *Benedictus*, Urraca se acercó para dejarle una preciosa cajita con las dos especies eucarísticas, mi tía Teresa de Portugal un pequeño pergamino con la frase:

Christus est hic, mis tías Elvira y Sancha un crucifijo de oro y un saquete con tierra, respectivamente, y señora Zaida, la más apesarada de todas, una flor, y las cinco besaron en la frente el cadáver de su padre y señor, o amante. La mora a gusto, pues que se hubiera quedado en la tumba con él; las otras venciendo su repugnancia, pues, pese a la caja emplomada, después de tantas jornadas de viaje, hedía. Doña Galana me llevó a besarlo también pero mi madre le hizo un gesto para que me retirara.

Los nobles cerraron la tumba con una pesada losa labrada con la imagen del muerto en relieve bajo y los símbolos de los cuatro Evangelistas en los cuatro extremos y muchas cabezas de ángeles en los laterales, y lo dejamos descansar para siempre en el lugar que eligió, rodeado de sus esposas, en el monasterio donde había estado preso en su juventud, Dios le dé vida eternal.

Tras rezar ante la tumba de su señora madre, Urraca, rodeada de sus hermanas y conmigo en los brazos, recibió los pésames de buena parte de los señores del reino y de las gentes de las ciudades.

Además, pagó al abad por el sepelio, encargó a su mayordomo que abonara la cuarta funeral que se debía al párroco de la iglesia de Santa Cruz de Toledo, deuda que con el jaleo nadie había saldado, y ya asistió a la comida fúnebre. Se sentó en el centro de una gran mesa, a la sazón instalada en la sala capitular del monasterio, flanqueada por el arzobispo de Toledo y por el abad de San Facundo, y enfrente sus tres hermanas. Y luego llegóse a la plaza mayor de la población con los señores y sus damas para comer un bocado con las gentes de las villas y de las ciudades que habían venido al entierro, y felicitar al mayordomo que no había escatimado y había mandado asar cien corderos y llevar otras tantas cántaras de buen vino. Además, dio limosnas a casi todas las iglesias y cenobios del reino para misas por el alma de mi abuelo y vistió a doscientos pobres con calzas, saya y manto.